

5225

A9



PONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156673

O'Sullivan y Nolan, impresores, esquina del Portal del Coliseo Viejo y Callejon del Espíritu Santo.

## AVENTURAS EXTRAORDINARIAS

DE LOS

# VIAGEROS CELEBRES.

I.

UN INFIERNO EN NUEVA ZEMBLA.

(1596.)

Los ingleses y los holandeses han emprendido en distintas ocasiones el camino de la China y el Japon pasando por el mar septentrional, y aún ahora hace pocos años prosigue una expedición inglesa en el Océano polar boreal las exploraciones comenzadas algunos años ha por Parry, Beechey, Ros y Francklin.

La relación que vamos á hacer se refiere á una de las mas antiguas tentativas practicadas con el fin de internarse hácia el Norte, y la hemos recogido para presentarla en esta colección por el interés que ofrecen los incidentes de que está sembrada, y también porque no carece absolutamente de él, considerada bajo el punto de vista de ciertos conocimientos humanos. Su narración pone de manifiesto que las corrientes sobre los hielos boreales obran con la misma violencia á lo largo de la costa de Nueva Zembla que en las de Groenlandia, en las del Spitzberg, de Islandia, del estrecho de Davis, en la del Príncipe Regente y de la bahía en Hudson.

La violencia de estas corrientes es sin duda alguna un peligro para los navegantes; pero sin embargo, suministran una razón para esperar pueda llegarse un día á las latitudes mas considerables del Norte, atendiendo á que en la época de la desagregación de los hielos arrastran y dispersan, facilitando de este modo el tránsito de los buques. Este movimiento de aguas del mar Artico, reconoce por causa la abundancia de los rios que se precipitan de los grandes continentes que le rodean por todas partes y de que es afluente: además, este verdadero mediterráneo polar experimenta en verano una refundición considerable, producida tanto por la elevación de la temperatura de las tierras que le con-

tienen, como por el calor, naturalmente bastante considerable, de las aguas dulces que provienen de latitudes en que el calor atmosférico se mantiene á un grado muy elevado. Es indispensable que estas aguas que acuden á aumentar las que ya encierra el receptáculo polar, se procuren una salida. Diversos estrechos sirven de desahogo á este ancho mar: el mas considerable de todos es el mar del Norte, y despues los de Beering, el del Príncipe Regente y la bahía de Hudson; pero como el agua que pasa de un espacio mas ancho á un espacio mas reducido adquiere una velocidad tanto mas considerable cuanto mas enorme es su masa y mas reducido el paso que se le impone, se concibe muy bien con solo dirigir una ojeada al mapa, la necesidad de estas corrientes y su potencia.

El país en que tuvo de permanecer la tripulación holandesa, cuyas desgracias nos proponemos referir, era en 1500 muy poco frecuentado. Hoy la parte del Sur de Nueva Zembla está habitada apenas por lapones, samoyedas, rusos y algunos pescadores noruegos.

El 18 de Mayo de 1596, Heemskerke, Guillelmo Barensz y Juan Cornelisz partieron de Uliá, puerto septentrional de Holanda. Heemskerke mandaba el barco en que iba Barensz, gefe de la expedición, bajo el nombre de primer piloto; Juan Cornelisz Ryp capitaneaba la segunda embarcación.

El 30 se encontraban ya á los setenta y nueve grados y veinte y cuatro minutos de latitud Norte; el 1.º de Junio no tenían ya noche; al día siguiente á las diez de la mañana vieron dos parejas (1); presentábanse á la vez á izquierda y derecha del disco del sol, lo que formaba la ilusión de ver tres soles. También estaban como atravesados por un arco-iris.

El 5 de Junio tropezaron con hielos; el 7 se hallaban á setenta y cuatro grados, siete minutos, y navegaban á través de grandes témpanos de hielo

(1) Imágen del sol reflejada en una nube.

que separaban las embarcaciones para franquearse paso: el mar presentaba un color verde subido, por lo que presumieron estar cerca de tierra, próximos á la costa de Groenlandia. A medida que avanzaban era mas denso el hielo.

El 9, á los setenta y cuatro grados, treinta minutos, descubrieron una isla que parecia como de cinco leguas de estension: algunos marineros de la tripulacion ganaron la tierra y ascendieron á la cúspide de una montaña tan escarpada, que para bajar les fué menester acostarse boca abajo contra la tierra y dejarse resbalar poco á poco. Barensez, considerándolos desde la orilla donde habia quedado, dudó largo rato pudiesen escapar del peligro en que se veian. Esta arriesgada correría no tuvo mas resultado que la caza de un oso que condujeron muerto, y el haber visto un crecido número de paviotas. Los holandeses llamaron á esta isla *Baeren-Eilandt*, lo que quiere decir, isla de los osos. El animal de esta especie que trasladaron cesedia de doce piés de largo.

El 19 descubrieron otra tierra que estimaron hallarse á los ochenta grados, once minutos; parecia de mucha estension; tomaron la costa hácia el Oeste y divisaron una magnífica rada, á la que desgraciadamente estorbó llegar un viento de Nord-este.

El 21 resolvieron anclar en esta costa helada, y mientras que la tripulacion se ocupaba en recoger lastre en la playa occidental de la tierra descubierta, entró en el agua un oso blanco y se dirigió nadando hácia las embarcaciones. Los marineros de estas trataron de perseguirle, pero cuando lo observó fuése retirando hasta alejarse mas de una legua. Llegaron á alcanzarle, pero sin resultado, porque las picas y mazas se rompieron contra su cuerpo; una vez llegó hasta colgarse con las patas del barco, lo que inevitablemente le hubiera hecho zozobrar, á no ser porque afortunadamente se asió por la estomenasa y no por ningun costado. Por fin lograron matarlo y trasladarlo á bordo; tenia trece piés de longitud.

Una legua mas allá divisaron un gran golfo, en cuyo centro habia un islote cubierto de gansos salvajes que se ocupaban en poner y acoclarse. Pertenecian á las mismas especies de los que durante el invierno acuden á las llanuras de Holanda, del Zuiderzee y de la Frisa.

El narrador de este viaje ha hecho la observacion de que, segun los conocimientos adquiridos despues, la isla en que se encontraban estos navegantes es la que se halla situada en Groenlandia y Nueva Zembla; se estiende desde el setenta grado hasta mas del ochenta Noroeste de la isla de los Osos.

El 23 de Junio alarmó á una parte de la tripulacion, que habia bajado á tierra para observar las variaciones de la brújula, la presencia de un enorme oso blanco. Siguieron la costa paralelamente á los setenta y nueve grados, y el 29 tuvieron que alejarse de tierra para librarse de los hielos. Así llegaron á los ochenta y seis grados, cincuenta minutos, teniendo aún á la vista el 1.º de Julio la isla de los Osos.

Este día pasó Cornelisz y los demas oficiales de su embarcacion á la que ocupaba Barensez, y no pudiendo ponerse de acuerdo acerca del rumbo que debia seguirse, determinaron tomar cada cual el que mejor le pareciese para hacer descubrimientos.

Cornelisz, que tenia en mucho su parecer, volvió hácia los ochenta grados, persuadido que podria pasar al Este de las tierras que veia y enderezar en seguida su rumbo al Norte.

Barensez al contrario, tomó el partido de dirigirse al Sur: el 11 se creyó en posicion Sur y Norte de Candnoes, punta oriental del mar Blanco: en seguida encaminándose al Sur-sud-este hácia la altura de setenta y dos grados, pensó que no debia distar mucho de la tierra la Willoughby.

Hallándose el 17 por los setenta y cuatro grados cuarenta minutos, reconoció á Mediodía de Nueva Zembla.

El 25 de Agosto, cuando se creia al Sur de esta considerable isla y al Oeste del estrecho de Wega, halló obstruido el paso por los hielos, de tal modo, que absolutamente desesperó poder marchar mas adelante. Entonces pensó ya en volver á Holanda, pero el camino hácia el Oeste no estaba mas accesible que el que intentó por el Este. Llegaron á un puerto en que la embarcacion quedó aprisionada entre los hielos que sobrenadaban á su alrededor: por la tarde lograron, sin embargo, encaminarla hácia el Oeste del citado puerto, que bautizaron los holandeses con el nombre de *Puerto de los Hielos*; pero durante la noche se unieron y solidificaron entre sí los hielos de tal modo, que conocieron no les quedaba mas recurso que resignarse á pasar el invierno en tan triste region.

El 27 volvió á quebrarse el hielo, y el viento que habia variado al Sud-este, le imprimia un movimiento tal, que chocando contra los costados de la embarcacion, la hacia oscilar poniéndola en gran peligro. Echaron al agua la lancha como refugio en un caso estremo. Apareció una aurora boreal.

El 28 disminuyeron los hielos, y de consiguiente la presion; pero en tanto que reconocian la embarcacion para reparar los daños que debia haber sufrido, se abrió de pronto en sentido de su longitud. Al practicarse esta disyuncion rechinó con tanto estrépito que pensaron se sumergia instantáneamente con todo lo que guardaba en su seno; pero por fortuna no fué así, porque la avería solo afectó la parte de arriba. Esto hizo que la tripulacion se salvara de una muerte inmediata, porque á pesar de aquel accidente pudo sobrenadar el barco.

El 29 y 30 se acumularon los hielos al rededor de la embarcacion, formando formidables parapetos, cuyo espesor se aumentaba con la nieve que caia del cielo. A bordo estallaba todo de un modo horrible, y á cada momento temian que se abriera el casco y que desapareciera bajo el cerco pesado que le asediaba. Del lado de la corriente se habian acumulado los hielos mas que del otro lado, de modo que el barco, cediendo á su peso, permanecia inclinado sobre babor. Sin embargo, no tardó mucho en equilibrarse la presion, con lo que se enderezó sobre aquellos bancos helados como izado con máquinas.

El 31 se cuartearon los hielos y fueron arrastrados por la corriente, pero se llevaron consigo el timon.

El 1.º de Setiembre volvió á quedar la embarcacion aprisionada por la parte superior, aunque la quilla tocaba aún en la misma fluida. Sin embargo, se prepararon tambien de todo evento separando la lancha grande y otras menores.

El 2 estalló el casco del barco por tantos puntos á la vez, que juzgaron prudente trasladar los víveres á la tierra: en este concepto trasladaron trece barricas de galleta y dos toneles de vino; además trasladaron tambien un trinquete ya usado, pólvora, plomo, fusiles y otras armas; instrumentos de carpintería, &c. Todos obraban en el convencimiento de pasar el invierno en aquel pais, para lo cual pensaban construir una barraca que les pusiera al abrigo del frio y de la voracidad de los osos. Este proyecto fué singularmente secundado por la abundancia de troncos de árbol que encontraron arrojados sobre la playa.

El 15 mientras trabajaban en la construccion del chozo, divisaron tres osos de desigual corpulencia: el mas pequeño permaneció oculto detrás de un banco de hielo, y los dos mas grandes se dirigieron á los marinos. El mas grande se acercó á un agujero escogido para depósito de la carne salada; pero quedó allí muerto de un balazo que le partió el cráneo; su compañero se le acercó, le olió, y como si adivinase el peligro, tocó retirada. En la huida hizo una parada, se enderezó sobre las patas como para enterarse de sus perseguidores, pero le salió cara su curiosidad, porque aprovechando la ocasion, le enterraron una bala en el vientre: el animal huyó tan de prisa como pudo. Barensez mandó vaciar el cuerpo del oso muerto, y que le colocaran sobre sus cuatro patas, á fin de que se helara en esta posicion para poderlo trasportar á Holanda.

El 25 de Octubre apenas acabada la construccion del chozo, y cuando se ocupaban activamente de trasladar á tierra los víveres y utensilios del barco, aparecieron de improviso tres osos que se dirigieron tras la tripulacion. Esta prorrumpió en grandes voces, pero no consiguió con ellas entonces como otras veces el resultado de espantarlos: fué menester pensar en defenderse. Afortunadamente llevaban dos alabardas en el trineo, mas todos pensaron en ganar el barco; un marinero cayó en una quiebra del hielo, y todos le creyeron víctima de la ferocidad de sus enemigos: sin embargo, estos continuaron hasta asediar en la embarcacion á la tripulacion que se hacia fuerte en ella: los osos les asaltaban y los marineros se defendian arrojándoles cuantos maderos y objetos se hallaban á mano, y de los cuales se apoderaban sus enemigos para destruirlos: la lucha hubiera tenido tal vez malos resultados, pues iba faltando hasta el recurso de tener algun objeto que arrojarles. cuando Barensez tiró una alabarda al mayor de ellos con tan feliz acierto, que le atravesó el hocico, con lo que dando grandes aullidos, tomó la huida, en la que le siguieron sus compañeros.

Tan intenso era ya el frio; que pasó poco sin que

desaparecieran los osos, viniendo en su lugar zorros blancos, los primeros que aparecieron murieron á balazos, pero despues cogieron gran número de ellos en cepos que les preparaban.

El 4 de Noviembre acabaron enteramente de ver el sol, pero en compensacion estaban alumbrados por la luna, que no se apartaba del horizonte.

El 1.º de Diciembre estaba el chozo completamente enterrado en nieve, y el frio era tan intensísimo, y la noche tan profunda, que tomaron la resolucion de permanecer acostados, manteniendo el calor por medio de piedras recalentadas al fuego.

El humo los obligó á disminuir el fuego, pero helaba con tanta fuerza aún dentro de la barraca, que los vapores espelidos por los pulmones, formaban en las paredes y en el suelo una capa de hielo de dos pulgadas de espesor. El vino de Jerez estaba helado, y el reloj se habia parado.

El 7, despues de celebrar consejo para tratar de los medios de resistir al frio, se decidió ir al barco á tomar el carbon que quedaba en él; practicando esto, se encendió en medio del chozo un gran fuego que esparció un calor considerable. Todos se durmieron, tal vez acometidos de un principio de asfisia, que no tardó en llegar al período en que comienza el aturdimiento y el vértigo. Algunos llegaron hasta á arrastrarse hácia la puerta y lograr abrirla; pero el primero que quiso salir, cayó al suelo privado de sentido; sin embargo, el aire exterior le hizo volver en sí, y el frio que entró en la barraca reanimó á los demas.

Del 9 al 12 el frio era tan vivísimo, que tenian hasta los vestidos cubiertos de caramelos de hielo. En medio de tantos padecimientos resolvieron aquellos desgraciados celebrar las Pascuas de Navidad. Con dos libras de harina que les quedaban, hicieron buñuelos que freian en aceite, los cuales consumieron acompañados de una libacion con todo el vino que voluntariamente para este día habian guardado de sus raciones ordinarias.

El 24 de Enero, Heemskerke y Veer, acompañados de un marinero salieron á dar una vuelta por la orilla, y desde allí contemplaron el disco del sol que comenzaba á mostrarse en el horizonte. Con la aparicion de este astro, concurrió la de los osos, y la retirada de los zorros.

Febrero, Marzo y Abril, ofrecieron alternativas continuas de bueno y de mal tiempo, de nieblas y de heladas. El 6 del último mes montó un oso á la techumbre del chozo, é intentó derribar la chimenea á fin de abrirse paso, lo que no consiguió, si bien tampoco se retiró hasta despues de haber hecho mucho destrozo.

El 15 de Abril habia cesado el rigor del frio: los holandeses visitaron el barco, cobrando su alegría al reparar que se mantenía en el mismo estado que cuando le dejaron: contemplaron con admiracion la forma estraña de aquel mar helado que presentaba la vista de una ciudad arruinada, viéndose á la vez torres, castillos, murallas, &c.

Al día siguiente mientras estaban á bordo, distinguieron ya agua de lejos: algunos quisieron verla mas de cerca, y se dirigieron á ella saltando de

témpano en témpano. Vieron también un número muy crecido de cuervos marinos.

Como la presencia de estas aves coincide siempre con la época de desagregación, fué el divisarlo presagio feliz para nuestros pobres náufragos.

El 1.º de Mayo comenzó á deshacerse la provisión de carne; estaba perfectamente conservada, sin mas inconveniente que no poderla guardar mucho tiempo despues de cocida.

El 2 un viento fuerte de Sudoeste barrió la mar; el 3 habian desaparecido todos los hielos, escepto los que rodeaban el barco; nadie hablaba mas que de regresar á Holanda; pero el 7 y el 8 reaparecieron cubriendo la superficie con su sólida capa. Comenzaban á escasear las provisiones mas necesarias, la carne y la harina; apenas quedaba tocino para tres semanas, á dos onzas por cabeza cada dia. Los marineros, defraudados en sus esperanzas, declararon á los oficiales que estaban decididos á abandonar aquel funesto lugar á toda costa, lo que dió ocasion de que Heemskerke prometiese que si el barco no estaba suelto para fines de aquel mes, que trataria de poner la lancha y la escuta (1) en estado de marcha.

El 21, viendo Heemskerke que los hielos movidos por un viento Nordeste permitian ya trabajar en las dos embarcaciones, hizo trasladarlas á la mar, lo que consiguieron el 7 de Junio. Para ello fué preciso abrir camino por el hielo, desde la barraca hasta la orilla, á fuerza de pico y hacha, trabajo continuamente interrumpido con la presencia de enormes osos flacos y descarnados que venian de alta mar y obligaban á dividir la atención entre el combate y el trabajo.

El 13 anunció Heemskerke su resolución de embarcarse, disposición que acogieron todos con entusiasmo; en su virtud embarcaron las provisiones y algunos objetos destinados para cambios: todo ello constaba de seis fardos de paños, un baul con telas blancas, dos piezas de terciopelo, dos cajitas con plata, barricas, utensilios de aparejos, trece barricas de galleta, un cubeto de manteca, dos de queso, uno de tocino, dos de aceite, seis de vino y dos de vinagre.

El 14 de Junio de 1597 se dieron á la vela á las seis de la mañana con viento de Oeste: las dos embarcaciones llegaron antes de la noche al cabo de las islas, en cuyo sitio detuvieron los hielos su navegación. Algun tanto de desmoralización se dejó entrever entonces, pero sin embargo, el 15 se quebraron un poco los hielos, doblaron el cabo de Flesingue y continuaron su camino.

El 17 les fué menester abrigarse detrás de los promontorios de hielo mas considerables, á fin de no estar tan espuestos á los témpanos mas ligeros que arrastraban rápidamente las corrientes.

El 20, á las nueve de la mañana, pasó Veer de la escuta á la lancha para anunciar á Barense que Nicolás Andriess estaba á punto de espirar. "Mi fin, respondió tranquilamente Barense, no está lejísimo tampoco." Aquellas gentes que le veían estu-

(1) Escuta son barquillas que se emplean en la pesca de las sardinas.

diar atentamente sobre un mapa en que Veer habia trazado el contorno de la costa, no pudieron dar á sus palabras toda la profunda verdad que encerraban: sin embargo, á poco rato apartando la vista de la carta, dijo que le iban faltando las fuerzas, y espiró en seguida. Con esta baja y la de Andriess no habia ya mas que trece hombres entre las dos embarcaciones.

Un accidente funesto señaló el dia 1.º de Julio: hácia las nueve de la mañana los grandes trozos de hielo que venian de alta mar, se estrellaron con tanta fuerza contra los promontorios, de hielo también, que guarnecían la costa, que los derribaron produciendo un ruido espantoso. Era menester á toda costa hacer resbalar la lancha por encima de estas masas de hielo, á fin de apartarla de aquel teatro de agitación que podia arrebatárnosla. En esta maniobra se perdieron algunos bultos de efectos y provisiones, que no pudimos recoger porque los témpanos de hielos, mas ó menos quebrantados por efecto de la sacudida general, se abrian bajo nuestros piés. Mayor fué el peligro para ejecutar con la escuta la misma maniobra que debía ponerla fuera de percances al lado de la lancha. Los hombres destinados á arrastrarla se hundieron bajo el hielo, quedando asidos del borde; y como nada habia que la sujetase, marchaba á merced de la corriente arrastrando á los desgraciados que estaban prendidos al costado. Esta lanchilla sufrió algunas averías y estuvo muchas veces espuesta á quedar aplastada con un enfermo que llevaba dentro y los marineros á quienes servia de tabla de salvación. Por fin, gracias á haber logrado llegar á colocarse tras de una enorme masa de hielo que caminaba con mas lentitud, fué posible aprovechar aquel momento en que los hielos estaban menos apretados y eran menos numerosos, para ganar á fuerza de remo los hielos adheridos aún á la tierra. Esta lucha duró doce horas. Se perdieron dos barricas de galleta, un cofre lleno de telas, un lio con utensilios de aparejos, el círculo astronómico, un fardo de paño escarlata, y un cubeto de vino, otro de aceite y otro de queso.

El 2 lo emplearon en reparar las averías de la lancha y de la escuta.

El 28 á las tres y media de la tarde llegaron á la bahía de San Lorenzo, y al cabo Bastian, cuya punta no habian doblado aún cuando divisaron dos barcas ancladas y muchas personas sobre la playa.

Las que se descubrieron, serian en número de treinta, y eran rusos. Algunos conocieron á Veer por haberle visto en un viaje anterior; le preguntaron por señas, qué habia sido de su embarcación, y mostraron mucho sentimiento por sus padecimientos. Regalaron á Heemskerke un pan por centeno y pasaron el dia en cumplidos de buena política; el 29 trasladaron los rusos á bordo de los barcos holandeses algunas barricas de aceite de ballena, y se ausentaron.

Los holandeses, que no habian conseguido de ellos indicio alguno, se alarmaron de aquella repentina huida. Sin duda alguna el temor de confundirse con los desgraciados náufragos, casi todos ata-

cados de escorbuto, y de tener que repartir con ellos sus escasas provisiones, fué la única causa de abandono que tan mal se acordaba con la recepción que les habian hecho. Los holandeses decidieron marchar en su seguimiento, pero la niebla comenzaba á ser tan densa, que los perdieron de vista al momento; sin embargo, siguieron su rumbo empeñándose en un estrecho (1) que pasaron sin dificultad: mas adelante se vieron detenidos, en lo que supusieron con razon hallarse en la entrada del Wega, y que los vientos de la parte de Oeste habian acumulado los hielos en el golfo; los vientos de Este, obrando en sentido opuesto, podian abrirles paso, y por lo tanto resolvieron esperar y dirigirse á una isla en que habian divisado dos cruces, y donde esperaban hallar habitantes; pero estaba desierta.

A pesar de todo, hicieron un descubrimiento útil; encontraron cochlearia (2) que alivia el estado de los escorbóticos.

El 3 de Agosto decidieron marchar derechamente hácia el Sur para tocar en las costas de Rusia: la certidumbre de su posición en el golfo de Waigatsch los animó á seguir este partido esperando ganar las tierras de los samoyedas, en la embocadura del rio Petchora.

El 13 encontraron una barca rusa, y mediante algunas monedas de plata, obtuvieron cierta especie de pan y algunos pescados. A media noche tuvieron la desgracia de que un recio viento Norte separase la lancha y la escuta: esta continuó su camino y encontró algunas barcas rusas, lo que ofreció á aquellos aventureros cierta seguridad en el porvenir, ademas de poderse facilitar algunas provisiones. Los rusos que encontraron el dia 17 les dieron noticia de la lancha, y en prueba de ello manifestaron á la tripulación de la escuta una brújula que les habian dado sus compatriotas en cambio de víveres.

El 20 entre cuatro y cinco de la mañana, estaban á la vista de tierra Oeste de la mar Blanca. Veer, que mandaba la escuta habia percibido desde antes de ser de dia el ruido de las olas que se estrellaban en la costa. Aproximándose á ella divisaron que andaba una barca; y algunas casas en la orilla habitadas por trece rusos, tres mugeres y dos lapones, que los recibieron muy amistosamente, y que les suministraron pescado y harina.

En el mismo dia se internaron algunos de los hombres de la escuta tierra-dentro para buscar cochlearia, y divisaron gentes que desde lo alto de un cerro escarpado les examinaban con curiosidad. De aquí dedujeron que aquel país debía estar mas habitado de lo que suponian; pero los pretendidos extranjeros les siguieron al retirarse, y con gran sor-

(1) Estrecho de Kara.  
(2) La cochlearia tiene una propiedad estimulante útil cuando el estómago de los escorbóticos no se halla aún en estado desesperado: su eficacia no es general, pues hay circunstancias en que podría ser nociva. Todas las sustancias vegetales susceptibles de servir de alimento, producen saludable efecto en la constitución de las personas afectadas de escorbuto: porque esta enfermedad es resultado de muchas causas, entre otras, de la privación de sustancias vegetales, hecho que no es bastante conocido, ni aun de una gran parte de los profesores de medicina.

presa y regocijo reconocieron al llegar á su hospitalaria aldea á sus compatriotas de la lancha. Esta habia padecido mucho, pero por fin, el 23 divisó tierra, y el 24 habia tocado en Siete-islas, donde habia encontrado gran número de pescadores. Los holandeses les habian preguntado á qué distancia se hallaban de Kildouin, Kood ó Koola, logrando comprender de aquellos extranjeros que estaba hácia el Este, y que allí habia embarcaciones holandesas. Al dia siguiente ó medio dia adquirieron ya noticias mas exactas de su posición, respecto de Kildouin: dos horas despues atracaron al extremo occidental de la isla; Heemskerke bajó á tierra donde le informaron los lapones de que en efecto habian arribado al punto de Koola tres buques holandeses, de los cuales dos habian ya levado anclas.

Las dos embarcaciones se hicieron inmediatamente á la vela dirigiendo su rumbo del lado de la embocadura del rio de Koola al Sur de Kildouin; pero un viento impetuoso les obligó á hacer alto en una ensenada habitada por tres lapones. Heemskerke les invitó á guiar por tierra hasta Koola á uno de sus marineros, pero ningun género de recompensa ni ofrecimiento fué bastante á decidirles. Consintieron solamente en acompañarle hasta el descenso de una montaña, desde donde otros lapones le conducirían hasta Koola por un corto sacrificio. Heemskerke envió á uno de sus marineros, el cual se armó solamente de una pica, á pesar de que el lapon, su guía, iba provisto de un fusil.

El 29 regresó el lapon, pero venia solo, lo cual hizo temer desde que se le divisó, por la vida del marino emisario; en vano acosaron al guía con preguntas, porque solo pudieron sacar de él indicios de que era portador de una carta que debía entregar á Heemskerke mismo. Cuando llegó á manos del gefe la abrió con precipitación y sobresalto: estaba escrita en holandés, y se manifestaba en toda ella la admiración producida por su arribo cuando se creia habria perecido hacia mucho tiempo. Terminaba con la promesa de venir á recogerlos inmediatamente con todos los recursos y refrescos que pudiesen desear. Firmaba esta carta Juan Cornelisz Ryp.

No podian ser estas noticias mas satisfactorias; sin embargo de que se preguntaban ¿quién seria este Cornelisz Ryp que escribia á Heemskerke? Nuestros náufragos estaban en la persuasión de que Cornelisz, comandante de su conserva al partir de Holanda debió ser mas desgraciado que ellos, y que habria perecido. Heemskerke buscó una instrucción que conservaba de Juan Cornelisz, escrita de mano de este en otro tiempo, y comparando la letra se vió ser de idéntica forma.

En la tarde del dia siguiente divisaron una barca que los lapones llaman *yola*, la cual costeaba acercándose rápidamente: poco despues reconocieron á Cornelisz Ryp y al marinero espedicionario.

Difícil seria tratar de expresar en narración la alegría y exclamaciones de aquellos desgraciados. No hay que esforzarse demasiado para imaginar cuán inmenso debió ser su regocijo despues de tantos padecimientos y peligros. Despues de gran ra-

to de mútuas felicitaciones, se reunieron en la mesa, ocupando en ella los lapones de las cabañas inmediatas un lugar distinguido. Cornelisz traía consigo cerveza de Rostoch, vino y aguardiente de Francia, diversas especies de carnes y pescados, tocino, azúcar, y todo lo que podía ser útil y convenir á hombres aniquilados por el hambre y las privaciones.

La lancha y la escuta tomaron el rumbo de Koola. El 2 de Setiembre, entre siete y ocho de la noche, entró en la ciudad la tripulación de Heemskerke, fraternizando con la de Cornelisz Ryp.

Heemskerke obtuvo del gobernador de Koola por el czar, permiso de trasladar á los arsenales rusos las dos embarcaciones que habian salvado á su tripulación y á él mismo, en prueba y testimonio de su estraña navegacion.

El 15 de Setiembre se embarcó con su gente en el navío del capitán Cornelisz; el 18 salieron del rio para regresar á Holanda, á donde arribaron el 29 de Octubre.

El 1.º de Noviembre desembarcaron en Amsterdam con los mismos trages que vistieron en Nueva Zembla, y con los mismos gorros de pieles de forro blanco con que se defendieron de la intensidad del frio.

Entre todos componian el número de doce: *Jacobo Heemskerke*, capitán; *Pedro Peterson Vos*, *Gerardo Veer*, *Juan Vos*, cirujano; *Jacobo Janson Sternburg*, *Leonardo Henry*, *Lorenzo Guillelmo*, *Juan Hillebrantson*, *Janson Hoochvout*, *Pedro Corneille*, *Juan de Buisson* y *Jacobo Evertson*.

## II.

### HISTORIA DE CUATRO MARINEROS RUSOS ABANDONADOS EN LAS ISLAS DE SPITZBEG.

Un traficante de Mesan, ciudad de la provincia de Jugovia, en el gobierno de Arcángel, armó en 1743 una embarcacion para ir al Spitzberg á hacer la pesca de la ballena: la tripulación del buque constaba de catorce hombres.

Los ocho primeros dias fueron de navegacion felicísima, pero el noveno sopló tan de recio el viento de Oeste, que impelió el barco hácia el Este, echándole inopinadamente á vista de las tierras de Spitzberg. Allí no tardó en verse totalmente rodeado de hielos, y se temió por su conservacion; mas á pesar de todo resistió sin averías la presión de los grandes témpanos, que unos sobre otros hacian deslizar y amontonar al rededor del buque la fuerza del viento y de las corrientes. Libres de este primer peligro, se hallaron nuestros espedicionarios aprisionados en medio de una estension de hielo cuyos límites escedian los de su horizonte. Fácilmente se convencieron de que ningún esfuerzo humano era suficiente á arrancarles de aquella forzosa inmovilidad; era, pues, necesario aguardar á que el mar estuviese libre, lo cual podría tardar mucho tiempo; tal vez diferirse hasta el año siguiente.

El contra maestre Alejo Himkof recordó entonces haber oido decir que algunos habitantes de Mesan habian construido algunos años antes, en aquella tierra inhospitalaria, un chozo á cuyo abrigo pudieron resistir un invierno. La esperanza de encontrarlo reanimó el espíritu de los marineros, que decidieron abandonar el barco para retirarse á aquel especie de refugio, si llegaba á darse con él. La suerte designó á cuatro hombres que debian practicar la exploracion: estos fueron Alejo Himkof, Esteban Scharapof, Teodoro Waragen y un yerno del contra maestre. Proveyéronse de cuanto creyeron necesitar para preservarse del frio y del hambre, atendiendo á que la espedicion era penosa, porque tenian que caminar un trecho muy considerable por encima de masas de hielo, no tan solidificadas cerca de tierra que dejara de imprimirles aún las olas, algun movimiento. Estas ondulaciones hacian aún el tránsito mas peligroso y difícil. Sin embargo, llegaron felizmente á tierra, y á poco mas de media legua de la orilla divisaron la cabaña, muy deteriorada á causa de las injurias del tiempo: en ella tuvieron que resignarse á pasar la noche, aunque sin poder dormir, porque la intensidad del frio les obligó á permanecer en movimiento. Afortunadamente, durante el estío, las noches en aquellas regiones son muy cortas; así que dos horas despues de ocultarse el sol apareció de nuevo en el horizonte, y con su presencia cobró esperanza el corazón de nuestros marineros abatidos por el padecimiento y por la influencia de las sombrías ideas que infunde siempre la oscuridad.

Apenas fué de dia, salieron de su retiro y se examinaron al sitio mismo en que tomaron tierra; mas en vano buscaron sus ojos por todas partes el barco que los habia conducido hasta aquellos lugares; el mar estaba libre; durante la noche habia soplado un violento huracan de la parte del Este, que habia dispersado los hielos, y que sin duda destruyeron la embarcacion porque jamás se ha vuelto á tener noticia de ella. Una estension de agua sin límites se desplegaba tan solo á los ojos de los cuatro desgraciados exploradores.

Prolongados padecimientos y una muerte mas ó menos próxima era la perspectiva que se ofrecia á su consideracion. ¿Tal vez su situacion era preferible á la en que se vieron sus compañeros al sucumbir? Nadie habia que no escogiera pertenecer á los que habian dejado de existir.

El primer sentimiento unánime en los cuatro fué el abatimiento y la desesperacion, pero despues, el deseo de vivir les infundió un poco de energía, y con ella la esperanza en el corazón. Se remitieron, pues, á la voluntad divina, y resignados con este propósito, decidieron hacer cuanto pudieran por merecer sus favores. Desde luego decidieron habilitar la cabaña en lo posible, cubriendo las grietas con musgo, de lo cual tenian abundancia en su derredor; habilitacion á que se dedicaron con ardor, persuadidos de su urgencia, pues que el frio podia hacerles perecer durante el sueño.

Por mas cerrado que trataron de poner aquel asilo, comprendieron que les era menester adquirirse fue-

go si habian de resistir á los rigores eternos de aquel suelo de nieve y de hielo; para este fin, por ninguna parte que estendian la vista divisaban mas que una esterilidad aterradora. Aquella tierra no producía árboles ni arbustos, por lo que no fué ya cuestion entre si estaban destinados á perecer helados así que las noches comenzasen á ser mas prolongadas y de consiguiente mas frias. Abismados en tan tristes reflexiones vagaban á orillas del mar, único sitio á que les impelia un átomo de esperanza, y esto les hizo da con algunos despojos de barcos y con troncos de árboles arrastrados por los rios de Asia, de Europa y de América, que confunden sus aguas en el mar Glacial Artico.

Este hallazgo les suministró leña en abundancia; en algunos palos y fragmentos de buques hallaron clavos y pedazos de hierro que les fueron de grande utilidad. Al abandonar su barco habian traído consigo un poco de pólvora y un fusil, el cual se confió al mas diestro tirador de los cuatro, encargándole la mayor prevision y que no disparara sino con entera seguridad. El cazador correspondió á la confianza de sus desgraciados camaradas, puesto que no poseyendo municiones mas que para doce cargas, se procuró doce rengíferos. Sin embargo, á pesar de la caza y del esmero en economizar los víveres, tocaban ya estos á su fin.

Los cuatro desgraciados se miraban de nuevo con espanto, recorrian las orillas del mar y todos los puntos accesibles de la isla, con la esperanza siempre de hallar recursos improvisos. El tiempo volaba, el verano iba pasando, las nieves se derretian é inundaban los valles con torrentes que arrastraban los hielos de las orillas, en tanto que las alturas conservaban su aspecto de invierno.

Algunas plantas de ninguna utilidad florecian y daban sus frutos en pocos dias. En este triste clima en que la muerte reina como soberana absoluta, parece la vida apresurarse á gozar un triunfo efímero.

La tierra desembarazada de nieve durante estos cortos instantes de fecundidad, se cubre de musgo, pasto habitual de los rengíferos; los osos blancos andan en su derredor para darles caza, pero casi siempre se libran de sus garras por la rapidez de su carrera. Nuestros pobres marinos, que no poseian el recurso de la huida, tenian que estar siempre muy vigilantes contra estos feroces enemigos. Con el auxilio de un garfio que habian hallado en un palo de barco arrojado por el mar, desenterraron una raiz larga y flexible, con la que trataron de formar un arco, perfeccionándole con sus cuchillos: carecian de cuerda y desgraciadamente tambien no les habia ocurrido la idea de proveerse de un arma de esta naturaleza en tiempo de la abundancia de rengíferos: no les hubiera sido difícil fabricar una cuerda con nervios ó con tripas, pero desistieron de este proyecto para ocuparse tan solo de adquirirse una lanza con que defenderse, y hasta con que atacar á los osos blancos. A estos era mas fácil acercarse que á los rengíferos que huian apenas sentian ruido, en tanto que los primeros, hambrientos casi siempre, rondaban al rededor del chozo. A pesar de todo aún tuvieron que discurrir mucho antes de poder apro-

vechar para su objeto el hierro que Dios habia puesto en sus manos; carecian de tenazas y martillo, y esta primera dificultad ecsigia muchos dias de ensayo. Despues de algunas pruebas escogieron un trozo de basalto (1) que les sirviera de martillo: transformaron en tenazas un par de cuernos de rengífero; pusieron al fuego el garfio, le enderezaron, aguzaron la punta, y enlazaron por medio de carreras sacadas tambien de las pieles de rengífero, á una rama de árbol arrojada á la playa por las olas.

Al cabo de cierto tiempo se encontraron poseedores de los elementos necesarios á la fabricacion de una segunda lanza: entonces recorrieron los valles para cazar al acecho zorros azules y rengíferos, pero esta industria les fué poco fructuosa; y sin la facilidad de acometer á los osos blancos que se atrevian ó esperarlos, hubieran sido sus nuevas armas de muy poca utilidad: la muerte hubiera sido el único refugio contra los padecimientos del hambre.

Su primer combate fué largo y peligroso; pero acabaron por derribar el oso á sus pies atacándolo de frente con las lanzas y por los costados con los cuchillos. Este triunfo despertó en su corazón el sentimiento del agradecimiento, dando por él gracias al cielo como de un beneficio inmenso. Trasladaron el animal á la cabaña, donde le despojaron y disecaron minuciosamente sus carnes, despues de subdividirlas en trozos pequeños, esponiéndolas á una corriente de aire, hecho lo cual las depositaron en parage donde no estuvieran tan preciosas provisiones al alcance de los zorros y de los osos. Sin embargo, el olor de estas materias animales fué un cebo que les suministró mas de una ocasion de combatir y matar algunas de aquellas fieras: algunas veces se congregaban tantas, que hasta cierto punto les fué posible escoger para combatir aquella de entre todas que les parecia de mejor despojo ó de mas seguro écsito. A pesar de todo ecsigia esta caza una paciencia que solo el hambre es capaz de infundir, porque tenian que esperar mucho tiempo para que cansados los osos de dar vueltas alrededor del chozo se pusiesen en retirada, y entonces atacar al que de entre ellos se retardaba mas, quedando aislado. Todo esto era menester, á causa de que hubiera sido imprudente acometer á ninguno de aquellos animales en presencia de los demas.

Al disecarse las carnes del primer oso que mataron, observaron que los tendones se dividian con facilidad en filamentos muy delicados, despertando de nuevo esta circunstancia la idea de construirse arcos; se dieron entonces á forjar puntas de flecha de los clavos; adaptaron plumas de pájaros marinos al extremo de sus flechas; el mar les proporcionó trozos de madero de que se fabricaron arcos, con lo que á partir desde este momento, creció su confianza, pues disminuyó el temor de morir de hambre, ó de ser devorados en uno de aquellos combates peligrosos que se veian obligados á sostener á cada momento. En muchas ocasiones fué atacado el chozo, y en todas se defendieron y mataron algunos osos.

Los primeros rengíferos que tropezaron cayeron

(1) Piedra filadiana, producto de volcanes antiguos.